

Pajtim Statovci
Bolla

Traducido del finés por
Laura Pascual

Alianza editorial

Título original: *Bolla*



Esta obra ha sido publicada con la ayuda de una subvención para la traducción de FILI – Finnish Literature Exchange

Gracias
Fundación Alfred Kordelin
Fundación de Jenny y Antti Wihuri
Fundación del libro de Otava
Centro de Promoción de las Artes de Finlandia
Fundación literaria WSOY

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía: © Leonardo Cendamo/Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Pajtim Statovci and Otava Publishing House, 2019

All rights reserved.

© de la traducción: Laura Pascual Antón, 2023

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023

Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-303-2

Depósito legal: M. 5.564-2023

Printed in Spain

I. Espectro, ente invisible, fiera,
demonio

Cuando Dios creó el mundo, empezó a arrepentirse de su obra. Fue a ver al diablo y este le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Hay una serpiente en mi paraíso —respondió Dios.

—Vaya, vaya —replicó el diablo, sin ocultar su afectada sonrisa; chasqueó los labios y esperó a que Dios bajara la cabeza y le rogara por sus servicios.

Y eso fue lo que hizo Dios.

—Entrégame a un hijo tuyo y haré lo que desees: sacaré a mi serpiente de tu paraíso —le dijo el diablo a Dios, que estaba arrodillado ante él.

—Un hijo mío —repitió Dios.

—Sí, un hijo de Dios —afirmó el diablo.

Dios se quedó pensando.

—Muy bien —dijo finalmente, desesperado—. Te entregaré a un hijo a cambio.

22 de enero de 2000

He visto a un hombre perder la vida, he visto el brazo arrancado de un soldado en la carretera, parecía un lucio desenterrado, he visto a hermanos separados al nacer, casas quemadas y edificios derruidos, ventanas rotas, recipientes hechos añicos, objetos robados, tantos objetos, no creerías la cantidad de objetos que quedan cuando la vida a su alrededor es arrancada a golpes, las cosas también mueren cuando son despojadas de su dueño.

He visto cosas horribles, cosas horribles unas tras otras, cadáveres arrastrados hacia la orilla como troncos a la deriva, acciones atroces y enfermizas, pecados imperdonables, filas de hombres armados, montones de niños y sus padres arrodillados en el suelo, sus víctimas, y yo sabía que pronto no quedaría ni uno solo con vida, ahora la imagen es un cartel en mi cabeza, la expresión que tenía cada uno de ellos, la conciencia del acechante final hacía que sus rostros parecieran vacíos y rígidos como muñecas de porcelana y, aunque se apoyaban unos en otros y se agarraban entre sí y se orinaban y nos rogaban que no les disparásemos, se tocaban unos a otros como

si fueran extraños, los hombres a sus esposas y las madres a sus hijos, cuando los apretaban unos contra otros se empujaban para alejarse aunque lo lógico habría sido que sucediera lo contrario. Eso me sorprendió, que la vida en un momento como ese fuera la gran antítesis del amor, una sensación de muerte tan intensa.

He sostenido el corazón de un amigo en mis manos, he presionado con los dedos su pecho abierto a balazos, le he agarrado la aorta desgarrada, resbaladiza como una anguila, he sentido sus vértebras contra los nudillos como si fueran dientes, he posado los dedos sobre sus pleuras pulmonares como si de almohadas húmedas se tratase.

He yacido junto a un hombre al que habían disparado en el bosque, he yacido a su lado, no era capaz de marcharme, créeme que lo único que podía hacer era controlar que siguiera con vida, lo rodeé con los brazos y le presioné los vendajes y sentí cada intento de su cuerpo por funcionar al ritmo habitual, el estruendo de sus órganos internos y el vientre endurecido y lleno de sangre, el movimiento desconcertado de cada uno de sus órganos como el sonido de un animal extraño.

He yacido de este modo junto a un hombre al que habían disparado y pasaron muchas horas antes de que nos encontraran, en medio del bosque oscuro nos encontraron, como caprichos de la naturaleza, y nos llevaron al hospital de campaña donde yo lo operé, remendé sus intestinos reventados y sus piernas inflamadas, yo le amputé la pierna desde la rodilla, le conté lo que había sucedido en el bosque cuando por fin se despertó y yo no podía creer que siguiera con vida, y él me agarró la mano y lloró y la besó y dijo que me recordaba del bosque, gracias, dijo entonces, te estaré eternamente agradecido, me oyes, eternamente por esta vida.

Unos meses después, recibí una carta del hombre; a mí me habían transferido a otro lugar como personal sanitario y ya me había olvidado de él. La carta decía: Me besaste entonces en el bosque, ¿verdad? ¿O no me besaste en la boca, en el cuello y en las mejillas y en la frente, me besaste y me tocaste cuando creías que estaba durmiendo, cuando creías que me moría? Porque tenía tanto frío que tus labios eran fuego. ¿Acaso no es cierto que mis recuerdos no son un sueño?

Leí su carta decenas de veces y solo llegué al final unas cuantas, primero me daba las gracias por haberle salvado la vida, decía lo mismo una y otra vez: Te estaré eternamente agradecido, cada amanecer, cada noche que siga con vida. Y entonces escribía que quizá, quizá pudiéramos vernos algún día, para hacer lo mismo o algo, sí, esta vez los dos despiertos me gustó aquello

*no
perdón por
escribirte esas cosas
vivo en Belgrado
por si quieres venir alguna vez.*

Te esperaré durante las próximas semanas a los pies de la estatua del príncipe Mihailo, me sentaré en la escalinata blanca cada miércoles y cada sábado a mediodía, llevaré una camisa blanca y pantalones negros, seguro que me reconoces por la pernera ondeando al viento, donde debería estar la pierna que me arrebataste.

Eso me escribió y nunca fui a reunirme con él aunque una vez estuve a punto ya que estuve en Belgrado durante un tiempo no fui porque no quería besarlo otra vez, por supuesto que no,

un hombre sin pierna, quién haría algo así, quién querría tocar a un discapacitado.

Unas semanas después de recibir la carta del hombre, me escribió su padre y me dijo que su hijo se había pegado un tiro en la boca, y la carta iba acompañada de una invitación al funeral. Miré la carta durante muchos días, me la sacaba del bolsillo de la pechera por las tardes y a veces también por las mañanas. Olía a humo, y su agrio olor flotaba por todas partes, una mezcla entre cartón húmedo y plástico quemado, se aferraba a las puntas de mis dedos y avanzaba por mis brazos, también hacia la boca cuando me cepillaba los dientes, a mi ropa de la que no se iba ni con agua con vinagre; finalmente, tiré la carta como si la hubiera escrito una bestia y entonces me dije a mí mismo que soy médico, soy médico soy cirujano ayudo a la gente.

Después del funeral, el padre del hombre me volvió a escribir y decía: «Lo sé todo, sabes a qué me refiero, ni siquiera un albanos haría algo así».

Era el mismo papel de escribir, que me seguía a todas partes convertido en fango, se quedaba en mi piel incluso después de haberme dado un baño y de haber cambiado todos los textiles de mi vivienda, venía conmigo a la panadería, a la mesa de operaciones, cuando viajé desde Belgrado a Kamenica pasando por Gradnja. Allí se convirtió en un aguacero que duró días: el agua llenó los aleros y las alcantarillas y serpenteó a lo largo de sus veteadas carreteras, anegó todas las flores, hierbas y musgos, arrancó las señales de tráfico y las vallas de los cotos de caza, pulverizó también el asfalto hasta que, finalmente, se deslizó como un enfurecido fuego ardiente hacia las viviendas, se elevó hasta las rodillas.

«Concluiré lo que mi hijo no hizo: ojo por ojo, voy a por ti, pederasta de mierda».

Con esas palabras terminaba la carta puedes imaginarte que estuve a punto de ir.

Pristina, 1995

1

La primera vez que lo veo, está cruzando la carretera. Mis ojos se fijan, en primer lugar, en su cabeza gacha, que apenas se gira aunque está pasando por un cruce muy transitado; después, en el flaquísimo cuerpo que van arrastrando tras de sí sus patas de alambre. Su pelo, con la raya en medio, parece las alas de una corneja. Aprieta contra el pecho una pila de libros; el otro brazo le cuelga, ora hacia atrás, ora a un lado, hasta que se lleva la mano al bolsillo y se sube de un tirón los ajustados pantalones granates de pana.

Estoy sentado a la sombra en la terraza de la cafetería mientras él camina hacia mí con el sol pegándole en la nuca, un hombre adulto en el cuerpo de un adolescente. Por un instante, lo veo muy de cerca: distingo el temblor de sus ojos cuando pasa por delante, las cosas que lleva en los bolsillos de los pantalones, el fino vello en la nuca y en los brazos rasurados. Entonces, se dirige a la terraza de la cafetería

desierta en la que me encuentro y se queda un momento de pie al lado de una mesa situada en el otro extremo. Mi cigarro se ha consumido por completo y él parece desconcertado, como si supiera que alguien lo está observando. Su cuerpo empieza a formar un bostezo que no tarda en ahogarse como un débil soplido en el más tímido puño que haya visto nunca. Despliega hacia la calle la mano que tiene levantada delante de la boca, despacio como una flor abriéndose y, solo entonces, deja los libros sobre la mesa y toma asiento.

Estamos a principios de abril y yo no puedo apartar los ojos de él. Parece asustadizo y desorientado, como si estuviera viviendo un sueño desagradable, como si se rigiera por ritmos y leyes diferentes a los de las demás personas de su alrededor, y en sus posturas y sus gestos (el cuidado con el que abre el libro, como si temiera romper las cubiertas; su modo de sostener el bolígrafo que se ha sacado del bolsillo, como si fuera un fragmento de cristal de plomo; la manera de frotarse de vez en cuando las sienes y cerrar los ojos, como para dar impresión de concentración, aunque sospecho que solo está intentado evitar mirar a su alrededor) hay algo puro e indómito, inexplicable pero a la vez revelador.

Me levanto y me dirijo hacia él. No sé de dónde saco el valor, por qué siento la imperiosa necesidad de conocerlo.

—*Zdravd* —digo en serbio.

—Hola —repite con claridad, con un tono que casi me recuerda a la voz de mi mujer.

Su mirada se dirige al libro que está abierto sobre la mesa, con un texto tan pequeño y compacto que no logro distinguir ni el idioma en el que está escrito.

—¿Puedo sentarme aquí? —pregunto mientras retiro una de las sillas.

—Por supuesto —responde.

Echa una ojeada a su alrededor. Después, señala la silla con la cabeza y me mira a los ojos y yo pienso en lo tremenda y maravillosamente hermoso que es este hombre. Sus iris parecen el cielo preparándose para la tormenta y su incipiente barba arreglada se fusiona con sus bien cuidados cabellos de color castaño rojizo. Tiene la espalda larga como un caballo y el rostro bien proporcionado y encantador y, entonces, ya no recuerdo cuánto tiempo ha pasado desde su respuesta, cuánto tiempo llevo mirándolo fijamente y él a mí, como si fuéramos amigos que han estado separados durante décadas.

—Soy Arsim —me presento, tendiéndole la mano.

—Miloš —responde y me estrecha la mano con sus flacos y fríos dedos—. Encantado de conocerte.

Suelto la mano y recorro sus viejos y tristes ojos, oprimidos por unos párpados pesados y arrugados.

Durante la hora siguiente, me siento más cómodo de lo que nunca me había sentido hasta entonces. Pedimos otro café, atenuamos la voz y, cuando me doy cuenta de que sus libros están en inglés, cambiamos de idioma. Resulta natural: mientras estamos hablando inglés, no somos un albano y un serbio, sino dos personas ajenas a este lugar, dos hojas arrancadas de una novela.

Me cuenta que tiene veinticinco años, uno más que yo, que estudia Medicina en la Universidad de Pristina y que lo más probable es que se especialice en cirugía. Procede de una pequeña ciudad llamada Kuršumlija, al otro lado de la frontera, treinta kilómetros hacia el noreste desde mi ciudad natal, Podujevo, que, a su vez, está a treinta kilómetros hacia

el noreste de Pristina y, además de su lengua materna y del inglés, habla alemán de forma fluida y algo de albanés.

Yo también le cuento cosas muy ordinarias sobre mí, el tipo de cosas que le contarías a alguien a quien acabas de conocer: le digo mi edad y mi ciudad natal, le explico que mi padre, profesor de inglés, fue quien despertó mi interés por los idiomas extranjeros y que espero poder trabajar algún día como profesor de literatura o como corrector en algún periódico. Mientras hablo, noto su mirada fija en mi mejilla, cómo examina hasta el más leve de mis movimientos, con la espalda encorvada y la cabeza inclinada, escuchándome con concentración, como si intentara aprender de memoria todo lo que digo.

Le cuento que yo también estudié en la universidad, literatura, historia e inglés, o al menos estudié alguna vez, no lo sé, y, al contárselo, me siento incómodo, porque la universidad en la que me matriculé hace años ya no es la misma en la que él estudia y en la que ambos empezamos los estudios aproximadamente en la misma época.

Cuando terminamos el café, nos miramos el uno al otro durante un rato. Es una sensación auténtica y real, todo lo contrario a Pristina con las tropas desplegadas en las calles, rifles de asalto en mano, con las filas de tanques y vehículos militares que parecen haber descendido del espacio.

Él sonrío y yo también sonrío. No me asusta la imagen que podamos estar dando en este momento, y a él tampoco, porque estábamos destinados a encontrarnos. Pienso, y puede que él también, que hemos venido a esta cafetería al mismo tiempo por una razón.

En algún momento, le pide la cuenta al camarero, paga también mi café y dice que tiene que ir a la biblioteca antes de su siguiente clase.

—¿Quieres venir conmigo? —pregunta.

No se me ha perdido nada en la biblioteca, pero le digo que por supuesto que iré con él, así que recorremos el corto trayecto, cruzamos la carretera y llegamos a la zona del campus. Pisamos el césped, del que trozos enteros han sido engullidos durante años por grises bloques de piedra húmedos y desgastados, subimos varios escalones hacia la entrada del edificio, que parece estar envuelto en una red de pesca, y entramos en el gran vestíbulo luminoso como si se tratara de las fauces abiertas de un monstruo ancestral. El suelo es un solemne mosaico de mármol y de las paredes cuelgan redondos rosetones de metal que parecen miradas vigilantes, como los ojos de los dioses.

Él camina un poco por delante de mí. De pronto, en un arrebatado de locura, lo agarro por el hombro en mitad del vestíbulo de entrada de la biblioteca, así, de un modo totalmente contrario a mi naturaleza, sin pensar en nada. Entre la muchedumbre que sale del edificio, en el corazón de la tarde que se ha tornado cálida y húmeda, me aferro a él sin pensarlo. Él se detiene y, solo al cabo de un momento, gira la cabeza: primero mira mi mano sobre su hombro, las puntas de mis dedos posadas sobre su clavícula, y después me mira a mí. Durante ese breve periodo de tiempo, soy un hombre totalmente diferente. Tan vivo, pienso, tan vivo como no lo he estado jamás.

Él es serbio y yo soy albano y, por tanto, deberíamos ser enemigos, pero ahora, mientras nos tocamos, no hay nada en absoluto que resulte desconocido o extraño para el otro y yo tengo la firme sensación de que nosotros dos no somos como los demás. Se trata de una sensación tan fuerte, tan impenetrablemente clara, como un mensaje que me hubieran envia-

do desde arriba. Tampoco prestamos atención a la cantidad de gente que gira la mirada hacia nosotros o nos pide que nos quitemos de en medio, ni a la cantidad de gente que se ríe al pasar por delante, puede que por el hecho de que no seamos capaces de formar palabras, ni hacia ellos ni tampoco entre nosotros.

Finalmente, me pregunta si podemos vernos de nuevo la próxima semana a mediodía en la misma cafetería y deja que su rostro esboce una sonrisa, que intenta reprimir de inmediato, como si fuera un estallido de risa inadecuado, y a la que yo respondo con mi propia sonrisa y diciendo: «Nos vemos la semana que viene, en la misma cafetería». En ese momento, siento cómo mi vida se divide en dos, mi vida antes de él y mi vida después de él. Siento cómo mi vida hasta este momento se transforma en un detalle insignificante de mi nueva vida, cómo pasa cual mentira piadosa creada en un momento de apuro.

Estamos a principios de abril y deseo a otro hombre de forma tan clara e inequívoca que, durante el resto del día, él está presente en mis oraciones. Oraciones en las que, sin atisbo de vergüenza, le ruego a Dios que lo haga mío.

Esa misma tarde, mi mujer me sirve sopa de judías, pimientos asados con salsa de crema, queso feta, tomate, pepino y *ajvar*. Cuando estoy comiendo, se sienta frente a mí y parece preocupada, como si estuviera conteniendo la respiración o se encontrara ante una compañía incómoda.

Me casé muy joven, a principios del verano de hace unos cuatro años, cuando yo solo tenía veinte. Era hijo único y lo hice como muestra de consideración hacia mi padre, al que

una enfermedad hepática se llevó poco después. Y es que se trataba de una mujer extraordinaria, sumisa y parca en palabras, inteligente a pesar de no tener estudios, hábil con las manos, cortés y de buena familia. Eso me prometieron: no encontraría mujer más decente ni mejor madre que Ajshe.

Así que, por deseo de mi padre, que esperaba grandes cosas de mí, dije que por supuesto tomaría a Ajshe como esposa, si su padre me prometía que ella estaría a la altura de esas palabras. Yo también convencí a mi suegro de que era un hombre honesto y de confianza, que nunca he creído en la violencia, que nunca cometería adulterio ni apostaría un solo dinar en juegos de azar y que no me tentaba la botella, puesto que yo, al igual que mi padre, valoraba la educación e iba a matricularme en la universidad. Entonces, me entregó a su hija como esposa.

Nos casamos por el simple hecho de que para una persona es mejor vivir con alguien que sola, porque a un hombre le corresponde tener una mujer a su lado, porque a la mujer también le corresponde tener un hombre a su lado, porque un hombre, especialmente uno como yo, tiene que reproducirse y continuar la línea familiar, tener al menos un hijo varón a quien dejarle la casa, las tierras y el dinero.

Tuvimos una boda tradicional. Ella pasó semanas preparándose, organizó el ajuar y se despidió de las personas de su vida anterior. Yo me preparé para hacerle sitio mientras deseaba que se llevara bien con mis padres. Lo peor habría sido que Ajshe hubiera resultado ser testaruda, que no se le diera bien acatar órdenes, o que mi madre se hubiera mostrado inflexible y hubiera arrugado la nariz ante la forma de hacer las tareas domésticas de la recién llegada.

Entonces, la trajeron a mi casa. El día de nuestra boda estaba tremendamente hermosa y callada como un tapiz, casi como si fuera sordomuda, tal como le correspondía. Su vestido de novia, lleno de bordados dorados, parecía papel de seda plisado y rociado con brillantina. Cuando me acosté con ella por primera vez, en nuestra noche de bodas, se limitó a respirar varias veces un poco más fuerte, aunque estaba sangrando y yo podía ver el gran dolor que estaba sufriendo.

Esa noche, después de ducharnos por separado, le dije a Ajshe que había estado sencillamente despampanante durante la boda, que nunca en mi vida había visto una mujer más hermosa y que era feliz por habernos casado. Ella también dijo que era feliz y estaba orgullosa de que yo fuera su marido y el futuro padre de nuestros hijos, y no tardamos en quedarnos dormidos: yo me sumí en un sueño intranquilo y ella cayó agotada por el dolor.

—Prometo cuidar de ti, ser tu mano derecha, tu cimientito —declaró Ajshe a la mañana siguiente como si recitara un salmo. Se puso los pendientes con forma de corazón que yo le había regalado y sus palabras no denotaban la más mínima preocupación por el futuro ni rastro alguno de los dolores de la noche anterior.

Mi padre murió dos meses después de la boda. Llevaba mucho tiempo enfermo y había estado muy débil durante las últimas semanas, pero su muerte llegó en buen momento, pues pudo verme con una mujer como Ajshe.

Para mi alivio, Ajshe ha resultado ser exactamente como me habían prometido. Es paciente y comprensiva, la mujer con el corazón más grande que conozco. Me escucha y me apoya y nunca nos ha llevado la contraria ni a mí ni a mis pa-

dres. Cuando le conté que, algún día, quería escribir un libro ambientado en tiempos pasados, una narración sobre la guerra, quizá sobre la humillación que habían sufrido los albanos durante siglos, la historia de amor más impresionante que se hubiera escrito nunca, ella dijo:

—¿Y qué tipo de personas son las que escriben libros, sino hombres como tú? Dime si hay algo que pueda hacer, si puedo ayudarte en algo.

Está orgullosa de mí como si fuera ya la encarnación de mis sueños, un escritor cuyas palabras han quedado inmortalizadas en las páginas de libros y periódicos. Dice este tipo de cosas sin saber cuánto tiempo y esfuerzo requiere un trabajo semejante.

Cuando mi madre enfermó de cáncer, hace dos años, Ajshe se hizo cargo de ella: le lavaba y cambiaba la ropa, le daba de comer, le hacía compañía y la escuchaba. Además, era capaz de preparar comidas cada vez más deliciosas, aunque escaseara el dinero, ya que, además de cursar mis estudios, yo solo trabajaba de forma esporádica como camarero en un restaurante de Pristina.

Tras la muerte de mi madre, le vendí la casa a un familiar y compré una vivienda cerca del centro de la ciudad para estar más próximo a la universidad, deshacerme del coche y ahorrar dinero en los trayectos. También quería dejar las tierras de mi familia, porque la retorcida costumbre rural de juzgar a los demás y hablar a sus espaldas nunca ha encajado bien con mi carácter.

Cambiamos nuestra gran vivienda unifamiliar de tres plantas en bastante buen estado por un ruinoso piso de un dormitorio en Ulpiana, en el que Ajshe tiene que permanecer en completo silencio mientras yo estoy estudiando, escri-

biendo o durmiendo. Aunque ella sueña con vivir en una casa grande, educar a los niños en una zona tranquila, cuidar del jardín y de los cultivos y criar animales, nunca ha manifestado su opinión. Allá donde yo vaya, ella vendrá conmigo.

A veces pienso en lo afortunado que soy de que sea mi esposa y de que tenga ese carácter, especialmente, cuando oigo a mis conocidos hablar de sus esposas: historias de cómo la mujer que ha llegado a la casa ha roto la paz del hogar al pelearse con sus suegros, ha difamado a su esposo contradiciéndole continuamente o ha desatendido sus tareas como ama de casa y con sus hijos.

Otras veces, pienso que no la merezco (como cuando hacemos el amor y ella nota cómo me apresuro, se da cuenta de que finjo la eyaculación aunque no salga una sola gota de mí y de que evito su contacto y sus caricias) y me inunda la aflicción, porque soy consciente de que ella es demasiado buena para mí, para vivir esta vida conmigo.

Lo peor de todo es saber que Ajshe nunca se atrevería a decírmelo, si quisiera llevar una vida diferente a mis decisiones. O no, seguramente lo peor sea que el respeto entre nosotros se ha convertido en una especie de competición en la que yo siempre salgo perdiendo.

El afecto con el que me cubre y el amor que me profesa: con frecuencia me planteo si alguna vez seré capaz de corresponderlos.

Esa noche, mientras estamos sentados el uno frente al otro a la mesa de la cocina, Ajshe pronuncia mi nombre de una forma en que no lo había hecho antes. Su voz es tan calma y tan tenue que casi sé lo que está a punto de decir y sé que ella es consciente de que temo sus siguientes palabras.